

DE NOMBRES, VERBOS, ADJETIVOS Y ADVERBIOS

Luciano González Egido

Quizá porque William Faulkner en sus textos es generoso con los adjetivos y no desdeña los adverbios, les tengo una especial querencia a estos elementos de la oración gramatical, que por lo general no gozan de lo que se dice buena prensa en literatura, víctimas de un concepto restringido del arte literario. El profesor Lázaro Carreter, en su recensión crítica de mi novela *El cuarzo rojo de Salamanca*, me corregía entre irónico y recriminatorio, diciéndome que

hay derroche de adjetivos (¡ojo con la nueva ley que va a tasarlos!), los cuales, cuando se prodigan, son en la prosa como los criados en campaña: multiplican la tropa sin aumentar su potencia. Aristóteles lo advertía.

Yo tenía mis razones para esta profusión de adjetivos, que llamó tanto la atención del comentarista como para incluirla en su crítica globalmente muy elogiosa. Y lo mismo que yo sobreponía la palabra a la narración, sin olvidar sus exigencias, y prefería las palabras esdrújulas a las llanas, por cuestión de eufonía, recargaba los nombres con varios adjetivos y solía acompañar los verbos siempre con algún adverbio. Cuestión de gustos y de algo más. Porque esta predilección no era totalmente gratuita. Tenía su porqué. Para mí no daba lo mismo emplear un adjetivo que un nombre. Y creo que los adjetivos, como los adverbios, cumplían una función importante en el estilo verbal que estaba ensayando en mi primera novela.

En esto discrepo de muchos autores, que han manifestado sus puntos de vista al respecto y los han defendido, a los nombres sustantivos, y denigrado a los adverbios, con sólidas razones, absolutamente respetables, aunque no necesariamente compartibles.



Estrelizia. Montoya

A cada cual sus códigos estilísticos y su justificación de fondo. Y a cada cual sus limitaciones. Para Camilo José Cela, al que admiro tanto como escritor, como desprecio como persona, el llamado nombre sustantivo es el eje de la expresión literaria, el no va más. Donde haya nombres no hace falta añadir más, porque hasta cierto punto lo demás es superfluo, innecesario, prescindible. Todo se expresa, o al menos lo fundamental, lo que importa, con el recurso del nombre, que comunica lo esencial, alrededor del cual gira toda la fuerza de la elocución, como si sobre sus hombros llevara el peso del estilo. Hay que recordar que luego en la práctica, en la aplicación de lo que pudiéramos llamar su teoría, no le hace demasiado caso, felizmente, aunque su estilo tienda hacia lo nominativo, en detrimento de lo adjetivo, sin tampoco obviarlo. Porque el resultado no es tan nomi-

nativo como él hubiera querido o como él pensaba que debía ser. Porque cada escritor encuentra en cada momento la solución más adecuada a sus intenciones de estilo.

Algo parecido le ocurre a Gabriel García Márquez, al que admiro igualmente como persona que como escritor, pero refiriéndose a los adverbios. No los quiere ni ver. Y ha teorizado levemente sobre este rechazo. En su libro de «memorias» *Vivir para contarla*¹, se detiene de pasada a explicar su desdén hacia los adverbios, que se convierte en irritación cuando se trata de adverbios de modo, terminados en “mente”, hasta tal punto de afirmar que nunca los emplea, aunque a veces se le escapan, sin duda sin querer, por la punta de la pluma o el teclado del ordenador, pues en el mismo libro se le coló uno no especialmente ornamental. «La práctica terminó por convencerme de que los adverbios de modo terminados en «mente» son un vicio empobrecedor. Así que empecé a castigarlos donde me salían al paso y...» (p. 316). A su ojeo implacable se le escapó un horrible adverbio, con todas las características odiosas, horroroso para su sensibilidad literaria, no sólo por el «mente» delator, sino, para nosotros, por la impronunciable longitud del vocablo, albarda sobre albarda, «coincidentalmente» (p. 436), que debe ser una concesión de su sentido del humor, tantas veces demostrado con holgura y siempre tan inteligentemente bien empleado.

Pero estos testimonios personales, basados en preferencias estilísticas, sobradamente justificadas, no invalidan las disidencias —faltaría más— y permiten otras elecciones de estilo, igualmente defendibles. No siempre es verdad como creía Cela que el nombre se basta para expresar una idea literaria y que el adjetivo cumple una función meramente ancilar. Muchas veces son los adjetivos los que cargan con el pleno significado de la frase, que sin ellos se quedaría a medio camino de sus propósitos, además de su decoloración estética y de su irrelevancia expresiva. Cuando García Márquez, en el primer tomo de sus «memorias», escribe sobre un «niño inmóvil, asustado y pensativo», está desplegando una teoría de adjetivos que adquieren un fuerte valor significativo, porque no se trata del universal del niño, sino de un niño concreto, que no se califica ni se determina con el acompañamiento de los adjetivos, que completan y fijan su verdadero significado y se comen materialmente a la figura del niño impersonal, intercambiable y anodino. Un niño cualquier-

ra. Una criatura de la que, sin adjetivos, sin «esos» adjetivos no podríamos predicar nada, sino su mera existencia, su adscripción a una edad concreta de la vida, con todos los supuestos de su condición débil, vulnerable, tierna y conmovedora.

A García Márquez le llega esta trinidad de adjetivos directamente de Faulkner, al que tanto leyó en su juventud, como nos ha pasado a tantos otros. Es difícil, si no imposible, no encontrar con frecuencia en sus páginas alguna muestra de esta preferencia suya por la acumulación de adjetivos; pero nunca los adjetivos previsibles por los hábitos del lector, en un quiebro constante de las expectativas creadas por la mala literatura, llena de expresiones empobrecidas o gastadas por el uso. Cuando de un personaje nos dice que llevaba una gorra nos lleva a imaginar un hombre con un tocado vulgar, que cubre su cabeza y de la que no importa ni su forma ni su color, un adminículo vulgar. Pero cuando a continuación nos dice que la llevaba «con una inclinación jactanciosa y lamentable» está ampliando el campo semántico de la gorra, que pasa de ser una prenda del vestuario del hombre a ser un signo de su carácter y de su desprestigio. Esa «inclinación» adjetivada de esa manera define al individuo y alude a la pobre impresión que su visión produce en el espectador, para que el lector lo conozca bien y lo catalogue con un juicio expeditivo. La fuerza de la expresión no cae sobre el nombre sustantivo, sino sobre el nombre adjetivo, que es menos adjetivo de lo que su denominación nos hace creer, porque lo adjetivo nos obliga a pensar en algo no esencial, de simple retoque y de valor deleznable.

Hojeando *Luz de agosto*² nos saltan los ejemplos con gozosa sorpresa e inigualable densidad. «La voz recapitulante, apremiante, impertinente» (p. 65), donde la voz queda ahogada por el diluvio imprevisto de los densos calificativos, que van más allá de la protocolaria calificación. «Unos golpes duros, lentos, medidos» (p. 79), que no sólo nos indica de qué golpes se trataba, sino que nos añade la manera de ser propinados y el ritmo de su repetición, de tal forma que sin el añadido de los adjetivos la acción quedaría manca, lejos de su eficacia narrativa y de su densidad expresiva, con el consiguiente ahorro de más explicaciones y más detalles. El ejemplo siguiente, cogido al azar, nos recuerda la maestría de Goethe, a miles de leguas de la estética faulkneriana, pero unido a ella por el mismo aliento poético, que no conoce las

fronteras de los géneros, ni de los tiempos y menos de los ámbitos culturales y menos todavía de las naciones. Escribe Faulkner «el limpio frescor gris y amarillo» (p. 83), con una adjetivación ilógica que recuerda el célebre verso de Goethe: «Es gris el árbol dorado de la vida» (¿en qué quedamos, el árbol es gris o dorado?).

Nada nos impide valorar adecuadamente estas secuencias de adjetivos, que reivindican su función nominativa frente al nombre, por su aportación esencial al entendimiento de la frase. No se trata de calificaciones o determinaciones superficiales, ornamentales, sino de verdaderas nominaciones, con grosor de signo, con relieve propio en el discurso. Claro está que son unos adjetivos especiales, empleados intencionadamente y cargados de significación, reclamando la atención lectora, constituyéndose en incitación a la sorpresa, al gozo de su descubrimiento. De ningún modo son ganga literaria o recurso retórico. Forman parte de una voluntad de estilo, lo mismo que la parquedad barrojana o la onda larga de los párrafos de Proust, que tienen sus razones, estudiadas por la ciencia de la Literatura y codificadas por la didáctica de los manuales docentes. Salen de ojo y avisan de su originalidad. Y son el camino fácil de cualquier imitación espuria o de cualquier devoto homenaje de admiración. ¿Quién no reconocerá el acento faulkneriano en esta teoría de adjetivos rebeldes y penetrantes como escalpelos atrevidos: «la fría, implacable e indesviable convicción de omnipotencia y clarividencia» (p. 148)? Hay algo de ampulosidad bíblica y de aliento profético junto a un afán de concreción y de precisión descriptiva.

Retomando y retrucando el símil aristotélico, que me citaba el profesor Lázaro, podríamos situar el uso de los adjetivos y de su profusión en una nueva perspectiva, que diera cuenta de su utilidad literaria seriamente personal, porque las batallas no sólo las ganan los soldados de base, sino también la intención y «los criados en campaña». Hay que partir, para empezar la erosión de las verdades universales, de que no siempre los nombres sustantivos son tan sustantivos como su nombre indica. Un concepto simple de la llamada realidad exige naturalmente el recurso de los nombres para reflejarla, para definirla, como si se tratase de una visión única, indeformable, incuestionable y suficiente. El nombre se levantaría como el dictador del discurso, que asumiría el peso de la decisión verbal de expresar esa rea-

lidad huidiza y difícilmente aprensible. Es cuestión de pensar esa realidad como algo plano, sin vuelta de hoja, abarcable en sus sugerencias, sometida a reglas fijas, esquemáticas, irrelevantes. Es propio de un pensamiento unidireccional, abstracto y anquilosado en sus normas. El nombre sustantivo sometería los infinitos matices de una realidad fluyente, cambiante y renovable a la rigidez de su mandato empobrecedor, simplificador, que podaría la frondosidad de la experiencia hasta la desnudez de una sencillez corruptora. El nombre no es la medida de las cosas, que se escapan de su férula, que desbordan los límites de sus dominios, que escapan a sus previsiones semánticas.

Cuando se tiene una mirada plural sobre la realidad esquiva, presumiblemente desconocida, el intento de captarla, de reflejarla, de reproducirla no se puede conformar con la insuficiente aportación del nombre sustantivo, que siempre se quedará corto. Es una cuestión de mirada y de concepto. En el supuesto de que el escritor pretenda la imposible tarea de imitar la realidad, el nombre tan escasamente flexible no le vale. Y si intenta crear otra realidad, que rivalice y hasta cierto punto sustituya a la otra, tampoco el nombre le servirá de gran ayuda. En ninguno de los dos casos, el nombre será una herramienta útil. Será un lastre oneroso que obstaculizará su trabajo. Sin embargo los adjetivos abiertos, sumables, fronterizos, extensibles y porosos pueden ayudar a acercarse a esa realidad inaprensible que nos obsesiona. Los adjetivos evitan el conformismo nominativo y escamotean la tentación de la uniformidad, de la sosería. Se adaptan al terreno, se dejan llevar por el viento, están a la vuelta de cada esquina, tienen la fidelidad de la pluralidad, la belleza del matiz frente a la congelada y mármorea solidez compacta del nombre sustantivo, que se toma en serio lo de la sustancia de las cosas y cree que con decir «mesa» ya está dicho todo sobre este objeto doméstico, tan proteico como cualquier idea abstracta, desrealizada e insondable. Es la vieja discusión medieval de los «universales», traída a los terrenos de la estética.

Sólo una visión de la realidad unilateral, reductora, monolítica y condescendiente puede conformarse con los nombres para nombrarla. Y, en cambio, una humilde descubierta sobre esa misma realidad problemática, con sus distintos grados de evidencia y de comprensión, encuentra en los adjetivos la mejor

forma de ocultar la imposibilidad del conocimiento real y de expresar la modestia de sus propósitos, la demostración de su buena voluntad, sin trampas ni cartón. El nombre sustantivo es la opacidad frente a la luz, mientras que el nombre adjetivo es el intento de erosionar esa muralla, en busca de la confusa claridad de la certeza. El sustantivo es soberbio en su pretensión de verdad y de totalidad. El adjetivo es titubeante, renqueante, aleatorio, insuficiente y marginal. No iban desencaminados los tratadistas grecolatinos cuando no encontraban una diferencia esencial entre nombres y adjetivos, gramaticalmente hablando y tuvo que venir el siglo XVIII, con su racionalidad superficial de recién nacido, a clasificar los adjetivos en una categoría independiente. Pero los antiguos sabían que, como signos, eran iguales y servían igualmente para designar la realidad, que para ellos era más accesible, con su optimismo primitivo, que para nosotros, demasiado desilusionados, con todas nuestras decepciones a la espalda, para creer todavía en los Reyes Magos.

Algo semejante ocurre con los verbos y los adverbios, tan engreídos aquéllos y tan despreciados éstos. El mundo no es acción rectilínea, sino fractuosidad adverbial. La cuestión no es el «qué», sino el «cómo». El verbo pastorea la oración con pretensiones de señor feudal, con la complicidad de los sustantivos, que tal para cual. El verbo tiene la simplicidad de un juego infantil, sin más límites que su escasa imaginación. Se queda en el preámbulo de la vida, en las primeras escaramuzas de la historia, no va más allá de sus narices. En la ontogénesis del lenguaje debió aparecer probablemente antes de cualquier experiencia real, de cualquier confrontación seria con las dificultades del entendimiento. El adverbio debió nacer mucho después de que el len-



Fotografía N° 5. Serie Rosario Cruz. Montoya

guaje fuera poco más que un rugido de impotencia, unas palabras de insistencia zoológica, un punto más allá de los ruidos más visceralmente inevitables, de las manifestaciones orgánicas más elementales. Frente a la pobreza expresiva, casi indigente de los verbos, los adverbios es cosa de adultos, de gentes que han adquirido la sospecha de que nada es fácil, de que nada es lo que parece y de que nada se adelanta con la ceguera del perdonavidas, bocazas y empecinado, sino con la conciencia de las contradicciones, de las rectificaciones, de las dudas y de las ideas vulnerables, que los verbos rechazan con imperturbable indiferencia de guardia de tráfico.